

CUADERNO DE ESTUDIO Y REFLEXIÓN

SUCOT

8 Temas de Estudio y Debate para la Mesa de Fiesta

Ocho preguntas tomadas de las clases del Rav Raphaël Benizri sobre Sucot: la fiesta de la alegría y de lo universal, y la cabaña de paz que prolonga Kipur hasta Hoshaná Rabá — por qué se sale de la casa para ir a una cabaña, por qué se ofrecen setenta sacrificios, y por qué la alegría solo se nombra aquí.



Rav Raphaël Benizri

Índice de temas

Temas de reflexión y preguntas para compartir en la mesa de Sucot

-
- 01** ¿Por qué las fiestas judías están en plural?
 -
 - 02** Ya tenemos el billete — ¿por qué seguir esperando?
 -
 - 03** Setenta sacrificios por setenta naciones
 -
 - 04** Una cabaña que viste, como una mujer viste a su marido
 -
 - 05** ¿Por qué verter agua sobre el altar?
 -
 - 06** ¿Por qué «la cabaña de David» y no «la casa de David»?
 -
 - 07** «Las cabañas ya no son nada»
 -
 - 08** ¿Por qué Sará se llamaba también Yiscá?
 -

¿Por qué las fiestas judías están en plural?



PRESENTACIÓN

Shavuot es un plural. Sucot es un plural. Kipurim es un plural. Pero Pésaj es un singular, y Janucá también. Rosh Hashaná igualmente.

LA PREGUNTA

¿Qué hay en la libertad y en la educación que exige el singular, allí donde el resto de las fiestas habla en plural?

LA RESPUESTA

Mishlé, los Proverbios del rey Shelomó: «Janoj lanáar al pi darkó» — educa al niño según su camino.

En cuanto a la libertad, no existe la libertad colectiva: cada uno asume la tarea de liberarse por sí mismo, arrancarse de su condicionamiento, tanto exterior como interior. Eso es Pésaj, y es un singular. Janucá es la educación, que es el fundamento mismo del judaísmo: y aquí el error que cometemos es siempre reducir la enseñanza a algo colectivo. Una enseñanza ideal requiere un maestro para un alumno, como un preceptor encargado de un solo niño, porque no todas las sensibilidades son iguales, ni todas las capacidades. Es lo que recomienda el rey Shelomó: educar al niño según su camino es la mejor manera de acertar en la educación. De persona a persona.

También en Rosh Hashaná cada uno es juzgado individualmente, o se juzga individualmente: hay una implicación de uno mismo en la concepción de su propia vida, en la determinación de su comienzo y de sus objetivos. Pero en cuanto se trata de nuestro compromiso en el camino de la Torá, es todo el pueblo como un solo hombre, con un solo corazón, una sola voluntad. La Torá es el cemento de base: si se la quita, no queda nada que pueda hacer la unidad del pueblo judío — esa unidad que responde, a su nivel, a la unidad proclamada del Creador: Tú eres uno, Tu nombre es uno, y Tu pueblo también es uno.

CONCLUSIÓN DEL RAV

Lo que se conquista a solas se dice en singular; lo que solo se sostiene juntos se dice en plural.

LECCIÓN PARA LA MESA

Educamos a nuestros hijos en bloque, con las mismas palabras y las mismas exigencias para todos. Que cada uno diga aquí el «camino» propio de uno de sus hijos — el que no es el de ningún otro. Y preguntémonos: ¿a quién, en nuestra mesa, le hablamos en plural cuando habría que hablarle en singular?

Ya tenemos el billete — ¿por qué seguir esperando?



PRESENTACIÓN

En Kipur, todas las tendencias se reúnen en una misma sinagoga, con el mismo libro de oraciones, el mismo servicio, las mismas aspiraciones. El día concluye con una inscripción para la vida. Y sin embargo, hasta Hoshaná Rabá, seguimos reclamando la pitká tavá, el buen billete.

LA PREGUNTA

Si el juicio queda sellado en Kipur, ¿por qué el pueblo se demora todavía hasta el último día de Sucot para reclamar su billete?

LA RESPUESTA

La oración de la noche: la bendición de Hashkivénu, añadida por los hombres de la Gran Asamblea, y su conclusión «Haporés sucot shalom aléinu».

Tememos que el día de Kipur no haya sido más que una elevación del alma en un estado de condicionamiento espiritual — y que, a la salida de Kipur, ya se haya pasado. Hemos asumido compromisos, pero todavía no hemos demostrado que sabremos conservarlos. Porque en la oración hay dos cosas distintas: una gueulá, una liberación, y una shemirá, una conservación. De nada sirve alcanzar un estado si uno no sabe mantenerse en él.

Es lo que dice la estructura de la oración. Alrededor del Shemá, por la mañana, hay tres bendiciones: la primera universal, homenaje al D-os de la creación; la segunda por la elección de Israel en el seno de la humanidad; la tercera por la liberación de Israel. Por la noche hay una más: Hashkivénu, donde pedimos ser preservados de toda miseria y asegurados de una protección, y que concluye con Aquel que guarda a Israel. Nuestros sabios se preguntaron por qué se añadió esta cuarta bendición, si en principio nada debe interponerse entre la bendición de la redención y la Amidá. Respondieron que es gueulá arijtá, una redención prolongada: la protección no interrumpe la redención, forma parte de ella.

Y la necesitamos de noche. De día somos conscientes del milagro permanente de la existencia de este pueblo: ¿cómo puede una nación tan pequeña hacer frente a setenta? Pero de noche, cuando enfrentamos a los demonios y las peores persecuciones, nuestro punto de apoyo es otro: la mañana es emet, verdad intangible, ya verificada; la noche es una verdad que se sostiene sobre todo en la fe en un futuro. Y la bendición concluye: Aquel que extiende sobre nosotros Su cabaña de paz.

CONCLUSIÓN DEL RAV

Una liberación sin conservación no es más que un bello recuerdo.

LECCIÓN PARA LA MESA

Todos sabemos lo que nos prometimos hace diez días. Que cada uno diga qué ha dejado ya decaer desde la salida de Kipur. Luego preguntémonos: ¿qué shemirá, qué guardia concreta, habría que establecer para que la decisión se mantenga hasta el año próximo?

Setenta sacrificios por setenta naciones



PRESENTACIÓN

Durante los días de Sucot, el pueblo judío ofrece setenta sacrificios en nombre de las setenta naciones que componen la humanidad. Y está dicho que en el futuro todas las naciones deberán celebrar una sola fiesta: ni Pésaj, ni Shavuot, sino Sucot.

LA PREGUNTA

¿Por qué Sucot — y por qué el número setenta, hasta en la composición del gran tribunal?

LA RESPUESTA

Los setenta sacrificios de Sucot por las setenta naciones; los setenta miembros del gran tribunal.

¿Por qué setenta? Porque el hombre, ese microcosmos, está estructurado según atributos, y esos modelos de existencia se insertan en una estructura de diez escalones: al insertar el siete en el diez, se obtienen esas setenta muestras de la humanidad. Están allí para juzgar nuestra evolución — y por eso el gran tribunal mismo debe contar setenta miembros, que representan esas sensibilidades que existen a través de las naciones y que están todas comprendidas en la célula del pueblo judío.

Es la fiesta de lo universal. Una causa que se limitara al pequeño yo, a mi pequeña familia, a mi nación, no sería una causa. Y si todas las naciones deben celebrar Sucot y no las demás fiestas, es porque Sucot es la que está a su alcance: lo que buscan es esa alegría de vivir, esa complementariedad de la vida. En el futuro, las naciones se presentarán diciendo: nosotros también llevamos el amor a la humanidad, tenemos filosofías al servicio del hombre, nosotros también tenemos nuestras sucot. Pero cuando se trata de poner esas filosofías en práctica, y entran en juego sus intereses inmediatos, comprobamos su fracaso. El pueblo judío, en cambio, ha conservado como ha podido sus valores, y los restituye.

Y es justamente lo que representa el ritual del altar, alrededor del cual se hacían antaño las hakafot, como hoy las hacemos alrededor de la Torá a falta de santuario: allí se asocia lo mineral — el agua, la ceniza, la piedra —, lo vegetal — la harina, el aceite —, lo animal, y por último el hombre dotado de palabra, que da sentido a todo ello y se alimenta de ello para servir a un ideal de vida.

CONCLUSIÓN DEL RAV

Podemos ser la jalá de la humanidad — pero la jalá solo es bendecida si sigue consagrando el resto de la masa.

LECCIÓN PARA LA MESA

Una mesa donde solo se habla de uno mismo, de su familia y de los suyos ya se ha perdido Sucot. ¿De qué parte del mundo nos hemos declarado, este año, no responsables? ¿Y a quién, fuera de nuestro círculo, deberíamos invitar antes del final de la fiesta?

Una cabaña que viste, como una mujer viste a su marido



PRESENTACIÓN

Nuestros sabios señalan dos mitzvot en las que el hombre entra por entero, y que lo rodean: el baño ritual, propio de lo femenino más que de lo masculino, y la sucá, propia de lo masculino más que de lo femenino. La noche de la jupá, la novia da vueltas alrededor de su marido.

LA PREGUNTA

¿Por qué lo femenino está dispensado de la mitzvá de la sucá — y qué dice esa dispensa de la sucá misma?

LA RESPUESTA

Las hakafot de la novia alrededor de su marido bajo la jupá; las dos mitzvot en las que el hombre se sumerge: el baño ritual y la sucá.

Mi verdadera casa no es la que habito a perpetuidad, aquella por la que me endeudo toda la vida para ofrecerme el mejor confort. Mi verdadera casa es mi sucá: la que está en el umbral de mi casa, en el techo, en el balcón. Linda con mi casa, es vulnerable, frágil por fuera pero tan sólida por dentro. Me rodea, me viste, como una mujer viste a su marido. Porque lo femenino es la muralla del hombre — ese es el sentido de las vueltas bajo la jupá — y la sucá es de la misma naturaleza. La interioridad de esta sucá es lo femenino: por eso lo femenino está dispensado de ella. No es una exclusión, es un reconocimiento.

Y esta cabaña nos pone en una posición extraña. En Sucot estamos a la vez en el arai, lo efímero, y en el keva, lo fijo: haz de tu sucá lo fijo y de tu casa lo provisional. Lo fijo se vuelve efímero y lo efímero se vuelve aquello en lo que uno se instala. Es cierto en el espacio, y es cierto en el tiempo: todo el mes de Tishrei es una burbuja de tiempo, semejante a bein hashmashot, ese ocaso entre la tarde y la noche cerrada, del que no se sabe si pertenece al día pasado o al día que viene. Está en la balanza de ambos.

Lo mismo ocurre en lo humano: compartimos nuestros años con los abuelos, el pasado, y con los nietos, el futuro, y nuestros propios años — los que no invaden ni el pasado de nuestros padres ni el futuro de nuestros hijos — son ese presente furtivo, sin consistencia real, en el cruce del pasado y del futuro. Pero ahí es donde me sitúo, y ese es mi pozo de alegría.

CONCLUSIÓN DEL RAV

Salir de la propia casa no es privarse de un techo: es descubrir cuál de los dos techos nos protegía de verdad.

LECCIÓN PARA LA MESA

La sucá es frágil por fuera y sólida por dentro; nuestras casas suelen ser lo contrario. ¿Qué hemos solidificado por fuera este año, y qué hemos dejado desmoronarse por dentro? Y si tuviéramos que elegir una sola cosa que reforzar en la casa, ¿cuál nombraría cada uno?

¿Por qué verter agua sobre el altar?



PRESENTACIÓN

Sobre el altar, con el sacrificio cotidiano, se vertía vino. En Sucot, y solo en Sucot, se vertía agua. Se bajaba hacia la fuente, se sacaba agua, se volvía a subir cantando y tocando, por los quince grados que corresponden a los quince escalones. Se la llamó la alegría de sacar el agua.

LA PREGUNTA

¿Qué se extrae exactamente, si no es el agua — y por qué esa alegría fue la cumbre de todas las alegrías?

LA RESPUESTA

El nisuj hamáyim, el vertido del agua sobre el altar en Sucot, y la Simjat Bet Hashoevá, la alegría de sacar el agua; los quince grados de los Shir hamaalot que corresponden a los quince escalones.

El agua no figura en el repertorio de la creación: no se sabe cuándo fue creada el agua. De entrada, ya estamos en un mundo donde el agua existe, puesto que el espíritu divino se cierne sobre las aguas. Esas aguas esenciales a toda vida tienen una existencia concomitante, simultánea, con la manifestación del espíritu divino. Y se separaron las aguas inferiores, dejadas para la necesidad del hombre aquí abajo, de las aguas superiores que se llaman shamáyim.

De modo que lo que se extrae no es el agua: es el espíritu divino a través de esa agua, y es eso lo que se vierte sobre el altar, como para consagrarlo. Es el retorno al agua generadora de toda la creación, porque es a la vez purificadora, germinadora y nutricia. Nada puede hacerse sin ella.

Esa alegría intentamos hoy reproducirla a lo largo de toda la fiesta, con danzas en las sinagogas y en los salones, pero siempre en rondas, en esa figura geométrica ideal donde se inscribe no solo el pueblo judío sino la humanidad entera, de la que somos los representantes. Nos damos las manos para bailar, y bailar es levantar el pie: el pie que se contenta con raspar el suelo, con quedarse hundido en su materia, en sus zapatos, hace ahí un esfuerzo de levitación.

CONCLUSIÓN DEL RAV

No bailamos porque la cosecha sea buena: bailamos porque el pie consintió en dejar el suelo.

LECCIÓN PARA LA MESA

Bailar es levantar el pie — aceptar, una vez, no estar ya plantado en la propia materia. ¿Qué es lo que, en cada uno de nosotros, se niega a despegar del suelo: una costumbre, un cálculo, una prudencia? ¿Qué extraemos realmente, cuando creemos extraer agua?

¿Por qué «la cabaña de David» y no «la casa de David»?



PRESENTACIÓN

Rezamos para que sea levantada la sucá caída de David. No el imperio de David, ni su vasto reino: su cabaña. Y cada noche pedimos a D-os que extienda sobre nosotros Su sucat shalom, Su cabaña de paz.

LA PREGUNTA

¿Por qué nuestras oraciones piden que se levante una cabaña en lugar de que se reconstruya una casa?

LA RESPUESTA

«Harajamán, hu yakim lanu et sucat David hanofélet»; «Haporés sucat shalom aléinu» en la oración de la noche.

Cuando una casa se derrumba, hay que construirla de nuevo — y construir de nuevo nunca es lo mismo: se cambian los planos, se cambia la infraestructura. Pero una cabaña que cae se vuelve a montar: se trata simplemente de una pieza deshecha que se va a rehacer, y es siempre la misma cabaña. Por eso la cabaña de paz es una protección que permanece siempre idéntica a sí misma. Por fuera parece trágica; por dentro es muy sólida.

Y lo que fue David no es un imperio: es un espíritu, una casa que no es un refugio carcelario para el hombre, sino una casa abierta — abierta a la naturaleza, abierta a los hombres, abierta a todas las tendencias, capaz de asociar todos los ingredientes en un solo servicio. Es lo que hacemos con las cuatro especies: el etrog, que tiene sabor y perfume, imagen del ser realizado; el lulav, que se afirma por su verticalidad; el hadas, que solo tiene su perfume; y la aravá, que no tiene ni perfume ni sabor, y que sin embargo está ahí y tiene algo que decir — hasta el punto de que en Hoshaná Rabá solo la tomamos a ella. Ayer esas ramas no valían nada, después de la fiesta ya no valdrán nada: durante la fiesta tienen valor de servicio a D-os y al hombre. Y el etrog, que tendería a la independencia, a vivir separado, está ahí también para difundir su perfume y compartirlo con los demás.

Esa paz no es una paz cualquiera. Se señala que Esav tiene el mismo valor numérico que shalom, la paz. Cuando Esav se presenta ante Yaakov, propone precisamente la paz: caminemos juntos. Es lo que nos proponen las naciones — no se preocupen, los cubriremos, garantizaremos su protección. Ahí está el peligro más fuerte, porque es una ilusión, y Yaakov responde: no podemos ir juntos, la paz tal como tú la concibes no es la mía. Por eso el hombre portador de esa paz fue Aharón, que buscaba negociar la paz en el seno del pueblo, y es por su mérito que fuimos rodeados por las nubes de gloria. La sucá tiene por emblema a Aharón.

CONCLUSIÓN DEL RAV

Una casa que se reconstruye cambia de plano; una cabaña que se levanta sigue siendo la misma — por eso se reza por una cabaña.

LECCIÓN PARA LA MESA

A menudo se nos propone una paz que nos cubre a cambio de lo que somos. ¿Dónde, este año, hemos aceptado una paz cómoda en lugar de una paz verdadera — en la familia, en el trabajo, con nosotros mismos? ¿Y quién, en esta mesa, tiene el valor de Aharón: ir a negociar una reconciliación que nadie más quiere intentar?

«Las cabañas ya no son nada»



PRESENTACIÓN

Al salir de Kipur no se descansa: se toman tablas y se levanta una construcción que no vale nada, paredes que se sostienen mal y un techo que deja pasar el cielo. Luego se deja la casa para vivir allí ocho días.

LA PREGUNTA

¿Por qué lo primero que se pide tras el día más elevado del año es salir de casa para habitar algo que no vale nada?

LA RESPUESTA

Porque uno sale de su capullo. Sale de su casa, sale de sus condicionamientos, sale de su caja, sale de sus convicciones — y las expone a plena luz, las pone en práctica. Abre su puerta, abre su casa. Y todos nos encontramos colocados bajo la misma sombra, al abrigo de D-os, donde no se puede rechazar a nadie.

Porque no hay que quedarse en el mundo de la teoría; hace falta una aplicación cotidiana. A la salida de Kipur, se trata de verificar si hemos tomado la medida correcta, o si nos hemos considerado tsadikim guemurim, justos acabados que ya no tendrían nada que corregir. Tampoco basta con pedir perdón en general: cuando se ha cometido una falta contra el prójimo, hay que decirle en qué consistió, exponer los propios errores. Eso es recuperar el compromiso con el prójimo.

Y la prueba se da en el despojo. Esas cuatro especies que tomamos en la mano, ayer no valían absolutamente nada; después de la fiesta ya no valdrán nada. Pero durante la fiesta tienen valor de servicio a D-os y al hombre. La cabaña es de la misma tela: lo que no vale nada se convierte, durante ocho días, en el lugar donde se demuestra lo que se prometió.

CONCLUSIÓN DEL RAV

Lo que vale, en Sucot, nunca es lo que cuesta caro.

LECCIÓN PARA LA MESA

Salir de la propia caja es fácil de decir. Que cada uno nombre una convicción que nunca tuvo que defender fuera de su casa, porque en su mesa nadie lo contradice. Y esta otra pregunta: ¿a quién le hemos pedido perdón sin decir nunca de qué?

¿Por qué Sará se llamaba también Yiscá?



PRESENTACIÓN

La palabra sucá viene de una raíz que expresa la cobertura, la del sjaj que se echa sobre la cabaña. Pero la misma raíz dice otra cosa muy distinta: ver, ver más allá. Sará llevaba un segundo nombre, Yiscá.

LA PREGUNTA

¿Qué tiene que ver una cabaña con la visión — y qué ve exactamente quien ha aceptado cubrir a su prójimo?

LA RESPUESTA

Sará llamada Yiscá, porque veía más allá de las cosas; la palabra sucá, de la raíz que expresa la cobertura.

Esa cobertura la queremos para nosotros y queremos compartirla con todos: somos responsables, constituimos una cobertura el uno para el otro. Y cuando estamos penetrados de ese deber de cubrirnos mutuamente, entonces accedemos a una visión — una visión profética. Ese es el sentido del segundo nombre de Sará: podía ver más allá de las cosas, la otra vertiente, lo sagrado de todo acercamiento y de todo movimiento de vida.

Porque el riesgo es hundirse en las preocupaciones cotidianas, en los problemas, y rumiarlos cada día con su cuota de decepciones e inconveniencias. Entonces perdemos el más allá de todas las cosas, ya no tenemos más que una visión muy limitada, y hemos cedido a la derrota y a la desesperación. La cabaña, en cambio, abre la mirada: está abierta a la naturaleza, abierta a los hombres, abierta a todas las tendencias.

Ahora bien, sostener el lulav el día de la fiesta es decir exactamente lo contrario de la desesperación: hemos ganado. No porque tengamos una vida ideal, sin falta — eso no es posible. Sino porque hemos superado los escollos, y levantamos la cabeza.

CONCLUSIÓN DEL RAV

Quien no cubre a nadie termina por no ver más que sus propias preocupaciones.

LECCIÓN PARA LA MESA

Rumiamos cada noche las mismas contrariedades, y nuestro horizonte se estrecha otro tanto. Que cada uno diga la preocupación que, este año, más le ha robado la mirada. ¿Y a quién, a nuestro alrededor, habríamos visto de verdad si hubiéramos aceptado cubrirlo?